A pesar del mapa de las ocupaciones masivas que se estaban retransmitiendo por los telediarios, algo nos hacía pensar que los clientes, los urbanitas sufridos y estresados por el trabajo inhumano de la mayoría de las colectivizaciones estatales, no se animarían a llamar esa mañana, por motivos que conocíamos bien. Durante buena parte de la jornada nos habíamos estado aburriendo, sentados y bebiendo cerveza en el saloncito del personal. Era más que probable que muchos no llamaran por precaución o simple cobardía. Para no enfrentarse a la realidad de las crueles hordas de ocupación. Tal vez, por no llevar las cosas demasiado lejos ante el Ayuntamiento y verse luego cargados, encima, con la afrenta de una pingüe multa o un expediente sancionador del Partido Único Catalán. Quizás, también, por ahorrarse unos euros. Lo que suele ser la tónica habitual últimamente: el miedo burocrático. Pero sobre todo por dinero, que no fluye como antes, y ha desaparecido en su forma de despilfarro. Recibí una mañana un mensaje de Jessy mientras me aburría: «Cuídate mucho, mucho, cielito mío, no quiero que te pase nada. ¡Te quiero tanto!». Yo sabía, de todas formas, que en cualquier momento tendríamos que salir hacia un desalojo forzoso. Quería descansar, soñar, olvidar. Pero la cimbreante y coqueta presentadora del mapa de las 31 ocupaciones temporales marcaba claramente, alternando posturitas varias y expresiones insinuantes, la zona de la ciudad más castigada. No estaba muy cerca esa mañana. En mi barrio, como era ya habitual, y según el mapa, habían decrecido. Era un engañabobos del gobierno catalán. Supongo que solo provisionalmente y en la pantalla de televisión, sucedían tales cosas.